

¿POR QUÉ AUSTER?

No basta pertenecer al hemisferio meridional para reivindicar como propias las ráfagas sureñas de uno de los cuatro vientos más importantes, familiares ya a Homero y a Hesíodo.

En *Teogonía*, v.869 ss., el Notos-(Auster) resalta entre los μεγ'ονείαρ, es decir, los de gran beneficio para los hombres, lejos de las ráfagas desenfadadas malignas, que arrasan navegantes y cosechas.

Ya sean potencias de la naturaleza divinizadas, δαίμονες intermediarios entre el Olimpo y el Hades, divinidades menores, proteicos en sus manifestaciones, poseen según la tradición órfica, fuerza fecundante prodigada por el cosmos entero y están emparentados por naturaleza a las almas, en cuanto soplo vital y al principio vivificante que actúa en el mundo y trasciende tanto al mito como a la historia.

Tales creencias generan múltiples resonancias culturales, pues los vientos operan sobre el clima, la navegación o las tareas agrícolas y, además, como ψυχοπομποί elevan ciertas almas en apoteosis al Olimpo, como lo refleja la columna antoniana, donde la pareja imperial se alza llevada por el soplo de los vientos.

De allí que su culto posea una doble funcionalidad: propiciatoria para concitar la acción de sus energías benéficas y fecundantes, o apotropaica para alejar, apaciguar o conciliar fuerzas terribles, por medio de súplicas, ofrendas y sacrificios habituales de neto corte expiatorio.

La representación plástica de los vientos es muy antigua: geniecillos alados con túnicas cortas y en tropel revolotean sobre Ulises o el personaje al que ayudan en sus travesías o se grafican como hombres barbados y con taloneras provistas de alas en vasos de los siglos VII y VI a.C.

La torre de los vientos en Atenas, construida en época romana, fija en cierto modo los rasgos plásticos de estas divinidades: barbados y maduros, los que simbolizan potencias enérgicas en demasía, incluso destructivas: Boreas o *Septentrio*, Kaikias o *Aquilo*, Euros o *Voltumnus* y Skiron o *Corus*; juveniles e imberbes los benéficos: Notos o *Auster*, Zephyros o *Favonius*, Lyps o *Africus* y Apeliotes o *Subsolanus*.

Cada uno posee un atributo determinado que lo identifica, así por ej. el Céfiro entreabre su manto dejando atisbar una carga de flores primaverales, el Aquilón porta un escudo, el Bóreas una caracola, nuestro *Auster* un ánfora pluviosa.

En el mundo romano la relación de los vientos con las divinidades del cielo y del mar es muy estrecha, tanto que Virgilio nos muestra un *Jupiter horridus austris* (*Aen.* IX, 670), como si los vientos fuesen casi un atributo del dios; de la creencia se infiere un culto con templos, altares y plegarias.

Un *Ara ventorum* para agradecer un buen viaje o una acción naval exitosa era frecuente, como lo hizo L. Cornelio Escipión después de su victoria sobre la flota cartaginesa en 259 a.C. o Julio César en la Galia o Vespasiano en Antioquía; la geografía del imperio romano los registra con asiduidad.

El sema positivo de éstas ráfagas perduró y se adensó más aún; en efecto, el *Auster* con el Bóreas, el Euro y el Favonio coinciden con los puntos cardinales y sostienen la tierra y la bóveda del firmamento, como se observa en el códice miniado del siglo IX d.C. que ilustra nuestra tapa.

En una composición circular vemos en el centro la tierra *arida* o seca, rodeada de las aguas, *maria*, y en torno, con sabio y delicado equilibrio de colores, las columnas de los vientos.

Los vientos capitales, el *Auster* es uno de ellos, enarbolan doble trompeta; el Norte se ubica a la izquierda, y no en la cima como estamos acostumbrados a verlo, el *Auster* a la derecha para que el *Subsolanus* correspondiente al Este quede arriba como en los mapas y cartas náuticas más antiguas, pues el Oriente es la puerta del Sol, guía del cosmos, que por eso ocupa el lugar más eminente.

Con ráfagas frescas y renovadoras penetra el *Auster* en la literatura y en la historia latina; el evocado por Horacio sacude *turbidus* el inquieto Adriático, pero sin inquietar al hombre justo (*Odas* III, 3,4), sopla *lenis* (*Sat.* II,8,6) o *praesens* (*Sat.* II,2,4) y no está lejos del austro virgiliano cuyo silbo encanta y arrebató a Mopso (*Ec.* V, 82) o del *nigerrimus* (*G.* III, 278) por su carga de sombrías nubes o del *pluvialis* (*G.* III, 429) con sus fríos lluviosos o del *alitis* (*Aen.* VIII, 430); hay dos hexámetros memorables para el *Auster* en la *Eneida*:

dant maria et lenis crepitans vocat Auster in altum

(III, 70)

creber et aspirans rursus vocat Auster in altum

(V, 764)

El *Auster*, viento nuestro el más meridional, intenta abrirse paso desde los más lejanos confines del sur. Sabemos de las dificultades y exigencias que esto implica, pero hacemos nuestros los dos hexámetros de Anquises al abandonar el Epiro, ya en la vislumbre de la anhelada Hesperia

*Di maris et terrae tempestatumque potentes,
ferte viam vento facilem et spirate secundi!*

(III, 528-9)

María Delia Buisel